

# LA VOCACIÓN AL MINISTERIO SACERDOTAL

Catequesis de Adviento 2017

## INTRODUCCIÓN

Ayer, con las I vísperas del domingo, comenzaba un nuevo año litúrgico, un nuevo recorrido espiritual y existencial del misterio de Jesucristo y de la Iglesia que el Señor nos ofrece para que vayamos con Él como los discípulos que escogió cuando habitó entre nosotros (cf. Mc 6,31). Una vez más se nos ofrece la invitación a permanecer con Él en este tiempo, un periodo de alegre esperanza a causa de la renovada presencia del Señor en sus misterios, comenzando curiosamente por la expectación de su retorno al final de los tiempos, aunque muy pronto la Iglesia enfocará nuestra mirada hacia el Nacimiento del Señor que, aunque pertenece al pasado, constituye la garantía de que se cumplirán las promesas relativas a su retorno. La liturgia nos va guiando hacia ese final guía evocando el acontecimiento pasado y actualizando el misterio de Cristo, para que el recuerdo de su vida terrena y de su obra de salvación no se reduzca a considerar unos acontecimientos pretéritos sino que nos estimule a vivir más intensamente el presente eclesial en la perspectiva del futuro que nos espera, o lo que es lo mismo, desde las promesas cuyo cumplimiento empezamos ya a percibir y gustar de algún modo en esta vida. Por eso el Adviento posee una gran fuerza estimulante para la vida cristiana.

Con estas claves y en la seguridad de que Dios cumple siempre lo que anuncia y promete, teniendo en cuenta el *“Año pastoral diocesano vocacional”* en el que estamos embarcados desde el pasado mes de septiembre, me ha parecido conveniente dedicar las catequesis de Adviento de este año al tema de *“La vocación al ministerio sacerdotal”*. Me ha animado también a reflexionar y exponer este contenido un bello discurso del papa Francisco que pronunció en agosto de este año y en el que habló de *“La vocación entre la memoria y la esperanza”*. Sinceramente, es muy sugestivo ese modo de conjugar ambas realidades, *memoria y esperanza*, en relación con lo que es la *vocación*. Para comenzar voy a fijarme mucho más en *la alegría*, que es un aspecto que va unido a la *esperanza*.

## Iª CATEQUESIS: DE LA ESPERANZA A LA ALEGRÍA DE LA VOCACION

### 1.- La memoria del momento inicial de la vocación

El papa Francisco comenzaba así su catequesis: *“Hoy me gustaría volver a un tema importante: la relación entre la esperanza y la memoria, con referencia particular a la memoria de la vocación”*. Y en este sentido se centraba en los tres conceptos fundamentales que aparecen en la frase citada: la *esperanza*, la *memoria* y la *vocación*, relacionándolos a partir de la escena evangélica que se produjo junto al lago Tiberíades, la llamada o *vocación* de Andrés y de Juan, los primeros discípulos de Jesús. Llamada a la que siguieron la de Simón Pedro, hermano de Andrés, y a instancias de este la vocación de Felipe y más tarde la de su amigo Natanael, toda una significativa *“cadena vocacional”* (cf. Jn 1,35-51). Pero si nos fijamos en estas llamadas, el protagonismo lo tienen algunos personajes, además de Jesús que interviene directamente tan solo en la llamada dirigida a Felipe (v. 43), mientras que en las de Andrés y de Juan fue el Bautista quien primeramente les señaló a Jesús y solo cuando estos le preguntaron si era el Mesías y dónde vivía, el Señor les dijo: *“Venid y veréis”* (v. 39). En la llamada de Natanael intervino Felipe, como ya he indicado. Estos detalles son muy significativos porque ponen de manifiesto la importancia que puede tener y de hecho tiene en muchas vocaciones la mediación de otra persona: un sacerdote, un amigo, un compañero de estudios, etc.

El papa habla expresamente de “*iluminación*” interior de aquellos primeros discípulos por parte de Jesús que, como “*experto en el corazón humano*”, encuentra a aquellos “*jóvenes*” en actitud de búsqueda, tal y como los ve Francisco. La pregunta del Señor: “*¿Qué buscáis?*”, dirigida a Andrés y a Juan (v. 38), pretendía despertar en ellos el deseo de vida y de felicidad que cada joven lleva dentro. A continuación el papa añade: “*También yo quisiera hoy preguntar a los jóvenes que están aquí en la plaza y a los que escuchan desde los medios de comunicación: «Tú, que eres joven, ¿qué buscas? ¿Qué buscas en tu corazón?»*». Porque, como todos pueden constatar, viene a decir el Santo Padre, muchos jóvenes hoy no buscan nada. El papa lo lamenta y los llama “*jubilados*” y “*envejecidos antes de tiempo*”.

He aquí, por tanto, una primera constatación para todos nosotros de lo que supone la vocación. En la memoria de los que se han sentido llamados queda impresa de tal forma esa experiencia que será recordada también como el momento más trascendental de la propia vida, y de tal forma que puede suceder que queden grabadas en el alma algunas circunstancias como sucedió con el apóstol Juan, uno de los primeros “*llamados*” por Jesús que, cuando redacta el evangelio, era ya un anciano y sin embargo recordaba perfectamente que “*era como la hora décima*” cuando el Señor se dirigió a él (Jn 1,39). Fue como si en aquel instante se le hubiera parado definitivamente el reloj de su existencia y empezase una nueva vida. Tal fue el impacto de aquel encuentro, una verdadera conmoción interior reconocible, por ejemplo, en la vida de muchos conversos del siglo XX como Manuel García Morente, Thomas Merton, Graham Greene, Edith Stein, el cardenal Lustiger, Kiko Argüello, etc., pero también en la vida de muchos jóvenes, ellos y ellas que, aun siendo unos buenos cristianos, en un momento dado experimentan una transformación interna y lo dejan todo: carrera, posición social, comodidades, para hacer una opción radical por Jesucristo, el evangelio, los pobres, etc., entrando en un Seminario o en un monasterio, o marchando a trabajar en el Tercer Mundo.

## **2. La esperanza que se ve cumplida en la alegría**

Otro significativo aspecto de la vocación percibida es una alegría profunda que necesita manifestarse y difundirse: “*Aquel de quien escribieron Moisés y los profetas, lo hemos encontrado: Jesús*” (1,45), dijo Felipe a su paisano Natanael. En efecto, la vocación verdadera ensancha el corazón y necesita ser compartida. Aquellos primeros discípulos se hicieron enseguida misioneros de la experiencia de su encuentro con Jesús. Lo que acababan de vivir bullía en su interior, les quemaba interiormente y tenían que sacarlo fuera. Era la llama de un gozo desconocido hasta entonces. El papa Francisco ve en esa alegría el comienzo de la misión de aquellos discípulos. Tenían que propagar la noticia, no se la podían guardar para ellos solos porque la verdadera alegría no lo es tanto si no se contagia o no encuentra eco en los demás, en las personas cercanas, en los amigos.

Decía el papa: “*El Señor no quiere hombres y mujeres que caminen detrás de Él con desgana, sin tener en el corazón el viento de la alegría*”. Y a continuación interpelaba a los jóvenes presentes en la audiencia con la pregunta de si tenían en el corazón “*el viento de la alegría*”, imprescindible para evangelizar y transformar a las personas. No sé si en el subconsciente del Santo Padre, en ese momento, la referencia al “*viento de la alegría*” era una alusión al acontecimiento de Pentecostés, cuando el Espíritu Santo echó fuera de la casa en la que los apóstoles estaban encerrados por miedo a los judíos y les impulsó a predicar, como así había sucedido en Jerusalén (cf. Hch 2,4ss.), pero pudo ser.

Por eso, al término de su catequesis, el papa Francisco invitaba a los jóvenes a hacerse una nueva pregunta: “*¿Tengo yo dentro de mí, en el corazón, el viento de la alegría?*», porque Jesús quiere seguidores que hayan experimentado la felicidad que produce el estar con Él. Recordemos una vez más la escena evangélica aludida: primero Andrés y más tarde Felipe, al comentar entusiastas su hallazgo del Mesías, el primero con su hermano Pedro y el segundo con un amigo, dicen los mismo: “*Hemos encontrado al Mesías*” (Jn 1,41b; cf. 1,45). He aquí, por tanto, una señal que impacta y que convence, la alegría profunda, sincera, contagiosa como aparece tantas veces en la

Biblia y especialmente en el Nuevo Testamento en el que suele ir unida a la presencia divina y al anuncio de la salvación a los pobres y humildes por los enviados de Dios. Recordemos ahora, dado que nos encontramos en Adviento y de cara a la Navidad, algunos anuncios especialmente significativos: el anuncio del nacimiento de Juan el Bautista (cf. Lc 1,14.41.44), la anunciación del ángel a María (cf. 1,28ss.), la visita de María a Isabel (cf. 1,41.44), el cántico de María (cf. 1,47), y especialmente el mensaje de los ángeles a los pastores de Belén (cf. Lc 2,10.13ss.), e incluso la reacción de los ancianos Simeón y Ana cuando vieron a Jesús niño en el templo (cf. Lc 2,28ss.), etc. No son únicos ejemplos que hay en el evangelio.

### **3. La alegría que confirma la vocación**

Esta realidad de la alegría que se percibe en los que se sienten llamados para una misión o se preparan para ella, es indudablemente un signo vocacional de primer orden que confirma la llamada del Señor. Los primeros discípulos de Jesús se transformaron en misioneros en cuanto experimentaron el gozo de haberlo reconocido (cf. Jn 1,41ss.). Y lo mismo les sucedió a los discípulos de Emaús que, después del encuentro con el resucitado, volvieron tras sus pasos para contar alborozados cómo lo habían reconocido en la fracción del pan (cf. Lc 24,32-35). Idéntica reacción tuvieron también los demás apóstoles poco después (cf. 24,41). Dice el papa Francisco: *“Un discípulo del Reino de Dios que no sea alegre no evangeliza este mundo, es un triste discípulo. A predicador de Jesús no se llega afinando las armas de la retórica: tú puedes hablar, hablar y hablar, pero si no hay otra cosa... ¿Cómo se convierten en predicadores de Jesús? Custodiando en los ojos el brillo de la auténtica felicidad. Vemos muchos cristianos, también entre nosotros, que con los ojos te transmiten la alegría de la fe: ¡con los ojos!”*

El papa define la alegría del encuentro con Jesús como *“el primer indicador”* de una vocación y, por supuesto, de la propia vocación. Y no solo de la vocación sacerdotal sino también de las otras vocaciones, mencionando expresamente el matrimonio cristiano, la vida consagrada y el sacerdocio. Y añade: *“cada vocación verdadera empieza con un encuentro con Jesús que nos da el don de una alegría y una esperanza nueva; y nos conduce, también a través de pruebas y dificultades, a un encuentro cada vez más pleno, más grande, con Él y a la plenitud de la alegría”*.

El año 2010 el papa Benedicto XVI, en el mensaje con motivo de la XLVII Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones de ese año, decía también: *“La historia de cada vocación va unida casi siempre al testimonio de un sacerdote que vive con alegría el don de sí mismo a los hermanos por el Reino de los Cielos. Y esto porque la cercanía y la palabra de un sacerdote son capaces de suscitar interrogantes y conducir a decisiones incluso definitivas”*. Vivir *“con alegría el don de sí mismo”* no es solamente un indicador válido de la propia vocación sino también un estímulo que convence y anima a imitar un camino, en este caso el de la dedicación al ministerio sacerdotal. Y lo mismo sucede en la vida consagrada y cuando se hace un opción radical de apostolado seglar. La razón de fondo es, sin embargo, muy sencilla: todo ser humano busca la felicidad, y la felicidad tiene su principal manifestación en ese estado de ánimo profundo y enriquecedor que llamamos *la alegría*. Y la mayor alegría para un hombre o mujer de fe consiste en poseer y servir a Cristo, en la entrega personal a Él o en la dedicación a los demás.

### **4. La fuente de la alegría en quienes se sienten llamados**

La alegría, la verdadera alegría que no se confunde con la diversión o la frivolidad, es, como se sabe, uno de los frutos más patentes del Espíritu Santo que san Pablo menciona expresamente en la *Carta a los Gálatas* (5,22). De hecho, el ser humano, que aspira siempre a la felicidad, no descansa hasta que la encuentra. No en vano la alegría pertenece al corazón del Evangelio, que es *buena noticia de salvación* para todos. El mismo Señor, que manifestó en varios momentos de su vida terrena el gozo profundo que inundaba su alma, y que alababa al Padre porque había querido revelar los bienes del reino a los pequeños y humildes (cf. Lc 10,21), deseaba también que sus discípulos poseyesen esa misma alegría en plenitud (cf. Jn 16,24; 17,13).

No hay duda de que la alegría acompaña siempre a quien se decide a seguir a Jesús, y que de este gozo participan todos los que han escuchado la llamada del Señor y se han propuesto secundarla: los sacerdotes, los consagrados y consagradas, los seminaristas, los jóvenes y las jóvenes que hacen una experiencia vocacional o entran en un noviciado. En todas estas situaciones existenciales hay alegría siempre, una alegría íntima que se hace explosiva en ocasiones. Es la alegría de la frescura, de la novedad de seguir a Jesús, la alegría que Jesús prometió a sus discípulos (cf. Jn 15,11; 17,13), la alegría que da el Espíritu Santo, una alegría muy distinta de la que se experimenta a veces, frívola, aparente y demasiado fugaz.

¿Dónde brota la alegría, especialmente en el mundo de los adolescentes y de los jóvenes? ¿De dónde nace? ¿Del último modelo de *Smartphone*, del éxito en la pandilla o con las chicas, de las diversiones, de la autoestima más imaginada que real...? Los jóvenes encuentran muchos motivos para estar contentos, sentirse felices, pasarlo bien. Algunos gozan con tener éxito, con las experiencias más originales o extremas, con llamar la atención, con ir a la última, con divertirse hasta que el cuerpo aguante... Pero todos sabemos que la verdadera alegría no viene de las cosas, del tener o poseer. La verdadera alegría nace del encuentro con los demás, del sentirse aceptados, comprendidos, amados y, a su vez, del aceptar, comprender y amar a otros, especialmente, si se es creyente; de saber que Dios, en Jesucristo, cuenta con nosotros y nos llama porque le interesamos. La mayoría de chicos y chicas posiblemente no conocen esta alegría, pero cuando la intuyen o cuando la ven en algún amigo o amiga, la admiran y quieren poseerla también, porque es una alegría diferente, envidiable, incluso respetada, aunque se piense que no es para todos sino para quien se decide a dar un paso que solo muy pocos se atreven a dar.

¿Cómo hacer para que los integrantes de nuestros grupos de catequesis, de la clase de religión o de convivencias varias, entiendan y valoren la importancia de la llamada de Jesús, la opción por un ideal ciertamente difícil pero posible cuando hay generosidad, fe y espíritu de servicio? Jesucristo sigue pasando al lado de cada persona, adolescente, joven o adulta, hombre o mujer, y susurrando: "*Tú eres importante para mí, te amo, cuento contigo*". Percibir esa llamada, tratar de aclararla en lugar de rechazarla, atreverse a responder, produce ya alegría, gozo, felicidad. Este es el secreto de toda vocación y la señal de que es el Señor el que llama, porque es Él el que hace sentir ese amor y esa paz.

En efecto, convertirse en un sacerdote o en un diácono permanente, consagrarse a Dios como religioso o religiosa, no ha sido nunca una elección primariamente humana, es decir, nuestra. Es el Señor quien elige y llama interiormente, aunque se sirve de personas, acontecimientos, situaciones, etc., para suscitar dentro de cada uno la inquietud por el servicio a los demás, la pasión por hacer felices a los niños, por ayudar a los necesitados, por alegrar la vida a los que sufren y, en definitiva, por anunciar y hacer realidad el Reino de Dios. La vocación consiste en escuchar algo dentro que inquieta y estimula, y de lo que no es fácil evadirse. En realidad, son muchos los indicios o señales que podemos descubrir en este sentido. Cuando todo esto se lleva a la oración, el Señor se encarga de que percibamos que es Él que nos llama. Y uno de los signos más seguros es, precisamente, la alegría como he señalado repetidamente antes, una alegría que no se puede ocultar ni disimular.

+ Julián, Obispo de León

## IIª CATEQUESIS

### LA VOCACION Y EL SEGUIMIENTO DE CRISTO

Después de haber expuesto en la Iª catequesis el significado de la vocación en la doble perspectiva de la *alegría* y de la *esperanza*, dos virtudes claramente significativas del tiempo de Adviento, quiero referirme ahora a un aspecto de la vocación cristiana que considero muy importante también y que consiste en el seguimiento de Jesucristo. A primera vista vocación cristiana y seguimiento de Jesucristo son lo mismo, pues toda vocación, especialmente si es auténtica, tiene continuidad y se traduce en la perseverancia de la relación personal del discípulo respecto de su maestro, es decir, en el seguimiento del Divino Maestro. Sin embargo la vocación viene a ser el primer acto de esa relación, mientras que el seguimiento significaría la permanencia personal y la profundización en el tiempo, de la relación establecida. Considero, por tanto, que se trata de dos aspectos diferentes en sí mismos pero complementarios e íntimamente conectados entre sí.

#### 1.- Qué es la “*vocación*” en términos generales

Hay muchas realidades en nuestra vida a las que nos referimos continuamente sin prestar demasiada atención a su verdadera realidad y significado. Una de estas realidades es *la vocación*. Hablamos de ella, la consideramos como un valor de enriquecimiento de la persona, especialmente cuando nos identificamos con ella, y sin embargo me parece que no nos detenemos demasiado a considerar su verdadero alcance y significado en nuestra vida y en la de los demás. Dicho de otro modo, a veces tengo la impresión de que es una realidad a la que damos importancia, ciertamente, pero más bien por motivos personales y en razón de nuestra propia responsabilidad y ministerio. Por eso me pregunto si la hemos conceptualizado suficientemente como para comprenderla en toda su riqueza de significado, para vivirla nosotros mismos en toda su potencialidad e incluso para compartirla con los demás. Por ejemplo, con los niños y jóvenes, con los fieles laicos y, especialmente, con nuestros propios colaboradores en la acción pastoral y con nuestros hermanos en el ministerio. Me parece que vale la pena que reflexionemos sobre la vocación, aunque sea brevemente.

En principio *la vocación* -la palabra viene del latín *vocatio* (invitación, llamada, etc.)- se identifica con la inclinación hacia un estado de vida, una profesión, o un servicio, siendo posible contar con variedad de referentes, aspectos y objetos que se pueden mencionar a partir de lo que cada uno entienda por vocación. En el ámbito religioso la vocación se relaciona con el deseo, la inspiración o la llamada que se presume procede de Dios, para dedicarse a Él o para adoptar unas determinadas decisiones de carácter espiritual, existencial o apostólico. El término *vocación* presupone, por tanto, una forma especial de llamamiento acompañado de anhelo, interés, aptitud, gusto, etc., dando lugar, ciertamente, a un proceso de discernimiento personal y, en ocasiones, con otras personas, como sucede cuando la vocación tiene como referencia o meta un determinado estado de vida, como la entrada en un instituto religioso, o un ministerio pastoral como el sacerdocio y el diaconado permanente.

Situándonos, por tanto, en este ámbito todos entendemos que la vocación es una llamada de carácter personal que se estima venida de Dios a quien se reconoce la iniciativa de elegir y llamar para una determinada misión. En esta definición, claramente de carácter religioso, se reconocen algunos elementos que se pueden considerar esenciales en toda vocación auténtica. Ciertamente, aunque esto hay que verificarlo en cada caso, la iniciativa es de Dios que elige y llama a la vez que ilumina al hombre y la confiere la gracia necesaria para que responda. Pero el que se siente llamado debe dar esa respuesta confiando en quien le ha elegido y disponiéndose para una entrega personal y generosa.

Para acercarse a esta realidad de la vocación es muy útil y provechoso abrir los evangelios y leer atentamente los relatos de los encuentros de Jesús con las más diversas personas, especialmente

cuando invita a que le sigan, como en la llamada de los primeros apóstoles que recordábamos en la catequesis anterior. La palma se la llevan, sin duda, esos relatos, pero no son las únicas vocaciones que aparecen en los evangelios, porque no hay que olvidar que la llamada del Señor tiene como finalidad muchas veces el cambio de vida, es decir, la conversión, la práctica de la caridad o la realización de alguna misión. Aunque estas situaciones son distintas de la vocación en sentido estricto, sin embargo coinciden con ellas en lo fundamental, que es el encuentro con Jesucristo y la decisión que es preciso tomar.

## **2. La llamada del Señor suscita una pregunta: “¿Por qué a mí?”**

Uno de los aspectos más importantes de la vocación es el compromiso de seguir a Jesucristo, conociéndolo, amándolo y poniendo en práctica sus enseñanzas. No es posible que exista verdadera vocación si no existe ese deseo y ese firme propósito. Vocación cristiana general y vocación específica al ministerio ordenado o a la vida consagrada tienen en común la existencia de una voluntad firme de búsqueda y de seguimiento de aquel de quien procede la vocación o llamada.

En efecto, en el Evangelio según san Marcos se lee esta constatación: “*Jesús subió al monte, llamó a los que quiso y se fueron con él*” (Mc 3,13; cf. Mt 10,1-4; Lc 6,12-16). Este breve texto evangélico parece remitirnos a un importante pasaje del profeta Isaías en el que se hace una llamada a la conversión: “*Mis planes no son vuestros planes, vuestros caminos no son mis caminos -oráculo del Señor-. Cuanto dista el cielo de la tierra, así distan mis caminos de los vuestros, y mis planes de vuestros planes* (Is 55,8-9). La vocación, tal y como queremos comprenderla, aunque vaya precedida de un proceso de conversión que es lo que se propone en el texto del profeta, es algo más, es decir, no se limita únicamente a la vuelta a Dios y a un cambio de conducta, que son características de la conversión. No obstante, también en la vocación puede darse la necesidad de acomodar nuestros criterios a los criterios de Dios porque hemos de obedecer sus designios. Y esto es realmente una conversión o la supone. En efecto, conversión y vocación a veces son realidades sucesivas o se manifiestan a la vez. De hecho la llamada del Señor no se dirige necesariamente a los más inteligentes, a los más fuertes, a los mejor dotados, sino a los que Él elige, como afirma el propio Jesús dirigiéndose a sus discípulos durante la última cena: “*No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca*” (Jn 15,16).

La vocación es un don gratuito, una llamada en la que está en juego un movimiento de predilección, de puro amor divino que elige sin méritos previos por parte del que es llamado, pero que le invita a preguntarse: “*¿Por qué a mí, Señor?*”. El apóstol san Pablo debió hacerse una pregunta semejante cuando escribía a los fieles de Corinto: “*Soy el menor de los apóstoles y no soy digno de ser llamado apóstol, porque he perseguido a la Iglesia de Dios. Pero por la gracia de Dios soy lo que soy*” (1 Cor 15,9-10a). De este modo resumía la experiencia espiritual, transformadora, que siguió al encuentro con Jesucristo en el camino de Damasco (cf. Hch 9,3-6; 1 Cor 15,8). En efecto, la vocación del apóstol no se basó en sus méritos humanos sino en la bondad infinita de Dios que quiso hacer de él un “*vaso de elección*” (cf. Hch 9,15; 1 Tim 1,12-14).

La experiencia de san Pablo es un referente muy hermoso para todo cristiano, hombre o mujer, que se siente llamado a realizar una misión caritativa o de apostolado en la Iglesia o en la sociedad o para adoptar un determinado estado de vida: el sacerdocio o la consagración religiosa: «*Señor, ¿por qué precisamente yo?*». Indudablemente aquí se percibe el misterio de la vocación/elección de Dios que llama a los que quiere pero deseando llegar y salvar a todos. La respuesta no puede ser otra que el agradecimiento, la humildad y la confianza de quienes, siendo conscientes de las propias limitaciones, fallos y frustraciones, se ponen incondicionalmente en manos de quien los ha llamado. El propio san Pablo se ponía como ejemplo ante los fieles de Corinto para que no se creyesen superiores a los demás: “*A ver, ¿quién te hace tan importante? ¿Tienes algo que no hayas recibido? Y, si lo has recibido, ¿a qué tanto orgullo, como si nadie te lo hubiera dado?*” (1 Cor 4,7; cf. Rom 12,5ss.)

### 3.- La vocación como llamada al seguimiento de Cristo

En los evangelios hay varias escenas en las que el Señor llama a seguirle, a ir con Él. Sin duda la invitación al “seguimiento” es una de las características de la vocación religiosa y, por tanto, de la vocación cristiana, tanto la de carácter general que puede verse, por ejemplo, en la invitación del Señor a tomar la cruz y seguirle: “*Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga*” (Mc 8,34; cf. Mt 16,24) como las dirigidas a los primeros discípulos y que podríamos señalar como vocaciones específicas. Un ejemplo muy significativo es la vocación del apóstol Mateo: “*Al pasar vio Jesús a un hombre llamado Mateo sentado al mostrador de los impuestos, y le dijo: «Sígueme». Él se levantó y lo siguió*” (Mt 9,9; cf. Mc 2,14). Sin duda el seguimiento de Cristo como compromiso de dejarlo todo para conocer a Jesucristo, amarlo y poner en práctica sus enseñanzas es uno de los aspectos más importantes de la vocación.

A veces ese seguimiento exige grandes sacrificios que no todos los que inicialmente se sienten llamados, están dispuestos a realizar: “*Se le acercó un escriba y le dijo: «Maestro, te seguiré adonde vayas». Jesús le respondió: «Las zorras tienen madrigueras y los pájaros nidos, pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza». Otro, que era de los discípulos, le dijo: «Señor, déjame ir primero a enterrar a mi padre». Jesús le replicó: «Tú, sígueme y deja que los muertos entierren a sus muertos»*” (Mt 8,19-22). En el evangelio según san Lucas, en el lugar paralelo, se menciona otro caso semejante, el de uno que quería despedirse antes de su familia, recibiendo de Jesús esta respuesta: “*Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás vale para el reino de Dios*” (Lc 9,62).

La conclusión es evidente: la vocación requiere voluntad de seguir a Jesucristo con generosidad, capacidad de renuncia y desprendimiento de otros bienes o valores. Solo así es posible conocerle de verdad, amarle y poner en práctica lo que Él pide. El verdadero discípulo es el que responde a la llamada quemando las naves, buscando vivir como el Maestro las veinticuatro horas del día, entregándose a fondo perdido. Recuérdese el contraste entre el joven que quería seguir a Jesús pero le faltaba valor para desprenderse de sus bienes (cf. Mt 19,21-23), o la respuesta del Señor a Pedro, poco después del episodio anterior, cuando este le pregunta qué les iba a tocar a los que lo habían dejado todo para seguirle. El Señor le dice al final: “*Todo el que por mí deja casa, hermanos o hermanas, padre o madre, hijos o tierras, recibirá cien veces más y heredará la vida eterna*” (19,29).

### 4. Relación entre la vocación como llamada y el seguimiento de Cristo

Ciertamente, existe una fuerte conexión entre la vocación y el seguimiento de Jesucristo porque Él ha llamado y no deja de llamar a quien quiere y como quiere para que vaya con Él y le siga, como se ha visto en los ejemplos mencionados anteriormente. Un hermoso ejercicio de toma de conciencia de lo que significa la vocación como seguimiento de Jesucristo, tanto en la vida cristiana en general como en un determinado estado de vida o dedicación personal, o en ambas realidades a la vez, consiste, para los que ya se han sentido llamados, en evocar cuándo y cómo se percibió la llamada de Jesús, y en qué circunstancias o con qué motivo uno se sintió invitado, más o menos claramente, a seguirle o a embarcarse en una experiencia que acabó en una decisión firme. Seguramente se evocarán, más o menos ordenadamente, situaciones, lugares, vivencias, nombres, personas... Cada vocación tiene su realidad y su historia, sus tiempos de vacilación y sus momentos de certeza.

Personalmente, hay un relato en el evangelio que siempre me ha cautivado por su sencilla belleza, no solo narrativa sino sugerente. Merece la pena evocarlo: “*Estaba Juan con dos de sus discípulos y, fijándose en Jesús que pasaba, dice: «Este es el Cordero de Dios». Los dos discípulos oyeron sus palabras y siguieron a Jesús. Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les pregunta: «¿Qué buscáis?». Ellos le contestaron: «Rabí (que significa Maestro), ¿dónde vives?». Él les dijo: «Venid y*

*veréis». Entonces fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día; era como la hora décima”<sup>1</sup> (Jn 1,35-39).*

He aquí un hermoso ejemplo de cómo toda vocación se traduce en seguimiento y el seguimiento culmina en una permanencia. Dicho de otro modo, el impacto interior del encuentro con Jesús desemboca en una decisión, aunque sea limitada en el tiempo, pero con resultado final. Aquí fue el Señor quien tomó la iniciativa al ver que lo seguían, pero el episodio y por tanto el toque de la gracia, ya había empezado antes, cuando los futuros discípulos se fijaron en Jesús que pasaba a su lado. La pregunta del Señor, directa y clara: “¿*Qué buscáis?*”, encontró una respuesta rápida en forma de pregunta también pero que dejaba al descubierto el deseo de estar con él. La invitación “*venid y veréis*”, a su vez, representa un paso más al contener una invitación expresa y una promesa que se verá cumplida: “*Vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día*”. La escalada de los verbos es muy significativa porque revela al mismo tiempo el interés creciente de los discípulos y el avance de la invitación de Jesús. La indicación de la hora en que se produjo el encuentro con Él es señal evidente de lo que representó aquel momento en la vida de los discípulos que no lo olvidaron jamás.

## **5. Reflexión final acerca del seguimiento de Cristo**

Está claro que a Jesús se le sigue en la medida en que se le conoce y se profundiza en sus actos y palabras consignados en los evangelios. El primer paso del seguimiento de Cristo, y por tanto, de una posible vocación, consistiría para muchos en hacerse o en que les hagan esta pregunta: ¿quién es Jesucristo para mí o para ti? Para poder responder es preciso conocerle de algún modo, tener alguna experiencia de la vida cristiana, experimentar algún interés por su figura, aunque momentáneamente sea desde el punto de vista bíblico-literario o histórico. Al Señor le dijeron «*Todo el mundo te busca*» (Mc 1,37), al día siguiente de una jornada de actividad frenética en Cafarnaún al comienzo mismo de su ministerio público (cf. 1,14ss.). Buscar a Jesús, tratar de encontrarse con Él, de escuchar y meditar su palabra, ha estado siempre en el origen del verdadero seguimiento. De hecho solo conocemos a Jesús en la medida en que decidimos seguirlo. Si queremos ser discípulos suyos debemos hacer la experiencia de “*estar con Él*” y permanecer con Él. De otra manera estaremos vacíos y seguiremos en la soledad e inoperancia pastoral. Solo permaneciendo con Él seremos capaces de imitarle en la entrega a los demás en el apostolado, en la acción caritativa, en la enseñanza y catequesis, en el ministerio, etc. Solamente de Él aprenderemos a “*ser para los demás*” como exige nuestra vocación cristiana, apostólica, religiosa o ministerial.

El seguimiento de Cristo es la actitud cristiana fundamental tanto para el individuo como para la comunidad. Volviendo de nuevo al *Evangelio según san Marcos* y a las encantadoras narraciones de las llamadas de los primeros discípulos, podemos apreciar cómo junto al llamamiento de estos se empieza a formar la comunidad que sigue a Jesús (cf. Mc 1,16-20). La vocación se transforma en “*con-vocación*” o convocatoria más amplia que se traduce después en el seguimiento de Jesús. Lo mismo sucede cuando Pedro reconoce y confiesa a Jesús como el Mesías (cf. 8,27-30) y cuando en el monte Tabor se revela la filiación divina de Jesús (cf. 9,9ss.), aun cuando el seguimiento supone llegar hasta la cruz: “*Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga*” (8,34). El fruto de la fe en el Hijo de Dios es la vocación al seguimiento de Cristo. Este aspecto está presente también en los demás evangelistas: En Mateo se presenta en la perspectiva de los discípulos que siguen al Maestro (cf. Mt 4,23-25). En Lucas la clave es la marcha hacia Jerusalén, hacia la cruz (cf. Lc 9,23). Y en Juan la vocación de los primeros discípulos se caracteriza por la experiencia personal y por el testimonio (cf. Jn 1,35-51).

Tres referencias que vienen a coincidir con otros tantos modelos, más o menos definidos en la vida e historia de la Iglesia: desde la catequesis y el magisterio hasta la vida de consagración o de apostolado, e incluso pasando por la persecución y el testimonio supremo del martirio. En todas las

---

<sup>1</sup> En la anterior traducción de la Biblia litúrgica se actualizaba la indicación horaria: “*serían las cuatro de la tarde*”



hipótesis y formas de vida cristiana se ofrece y se realiza un modelo de vocación. En la vida de cualquier comunidad cristiana, incluso de la familia doméstica, y en la existencia de cada discípulo de Jesucristo se propone y se manifiesta la vocación como llamada del Señor que es preciso responder.

+ Julián, Obispo de León

### IIIª CATEQUESIS

#### LA VOCACION AL MINISTERIO ORDENADO

Después de haber expuesto en la Iª catequesis el significado de la vocación en la doble perspectiva de la *alegría* y de la *esperanza*, dos virtudes claramente significativas del tiempo de Adviento, y de haber tratado en la IIª la relación entre la vocación y el seguimiento de Jesucristo, quiero referirme ahora de manera más directa a la *vocación específica al ministerio ordenado*, es decir, al ministerio que se confiere mediante el sacramento del Orden, y más concretamente al *presbiterado*. Es la vocación que se ha conocido y denominado desde tiempo inmemorial como “*vocación al sacerdocio*” o “*vocación sacerdotal*”, referida únicamente al ministerio presbiteral. Pero hoy, desde la recuperación del “*diaconado permanente*” como grado estable dentro del clero, es preciso tener en cuenta también la posible vocación a recibir y ejercer este ministerio.

Respecto del *episcopado*, aunque se confiere también mediante el sacramento del Orden, nunca se ha hablado de *vocación* sino de *designación* por quien tiene esa potestad, que en la Iglesia Católica es el Sucesor de Pedro, el Obispo de Roma y Pastor de la Iglesia Universal. No es ahora el momento de entrar en este aspecto. Pero antes de referirme a las vocaciones al presbiterado y al diaconado permanente, quiero aclarar algunos conceptos que considero fundamentales.

#### 1.- Significado de las palabras *ministerio*, *diaconado* y *sacerdocio*

Hoy es bastante habitual hablar de “*ministerio ordenado*” para aludir al carácter y misión que confiere el *sacramento del Orden*. Como se sabe, este *sacramento* tiene tres grados: *diaconado*, *presbiterado* y *episcopado*. Conviene no confundir la expresión anterior con la de *ministerios eclesiales* que son funciones propiamente de carácter litúrgico. Actualmente los ministerios que se confieren mediante un sencillo ritual son el “*ministerio del lector*” y el “*ministerio del acólito*”. Otras funciones como la del director del canto, del comentador, etc., no llevan ni se les debe dar el nombre de ministerio.

En el “*ministerio del lector*” y el del “*acólito*” la función se confiere mediante un sencillo rito en el marco de una breve celebración. Estos ministerios, antes de la reforma litúrgica del Vaticano II, se llamaban “*Órdenes menores*”, expresión que se prestaba a relacionarlos indebidamente con el sacramento del Orden. La palabra ministerio tiene también un significado genérico de “*servicio*”, sobre todo cuando se habla de “*ministerio de la caridad*”, “*ministerio de la consolación*” o “*del cuidado de los enfermos*”, etc.

Volviendo de nuevo a los “*ministerios ordenados*” conviene recordar también que no solo confieren una función eclesial y litúrgica sino también un “*carácter*” o “*sello*” indeleble de manera que no se pueden repetir. En el caso del *presbiterado* (y del *episcopado*), se habla además del “*Orden sacerdotal*” o del “*Sacerdocio ministerial o jerárquico*” (cf. CCE 1544ss.) para distinguirlo del “*sacerdocio común de los fieles*”, o sea, de todos los bautizados. No es ahora el momento de explicar

esta doctrina. Basta con remitir *Catecismo de la Iglesia Católica*<sup>2</sup>. El acceso al ministerio ordenado ha estado sometido siempre a la autoridad apostólica en la Iglesia, representada por los obispos como sucesores de los Apóstoles. Ellos son los ministros que confieren este sacramento.

Tratándose de los obispos se habla también de *sucesión apostólica* porque esta forma una cadena desde los Apóstoles que se prolonga mediante el *sacramento del Orden*, concretamente en la ordenación episcopal. Sobre este punto remito a la doctrina, muy claramente expuesta, en el *Catecismo de la Iglesia Católica*.

## 2. La vocación al sacerdocio o “*vocación sacerdotal*”

De lo que deseo hablar fundamentalmente en esta catequesis es de la *vocación específica* al ministerio presbiteral o “*vocación sacerdotal*”. Como es sabido, hay dos modos de participar en el único sacerdocio de Jesucristo, el llamado “*sacerdocio bautismal*”, llamado también “*sacerdocio común de los fieles*” o participación de los bautizados, cada uno según su don o carisma, en la misión de Cristo sobre la base de los sacramentos del Bautismo y de la Confirmación (cf. 1 Pe 2,5), y el “*sacerdocio ministerial o jerárquico*” de los obispos y de los presbíteros que se confiere mediante el sacramento del Orden (cf. CCE 1546-1547). Cuando hablamos de “*vocación sacerdotal*” nos referimos a este segundo modo de participación en el “*sacerdocio de Jesucristo*”. En relación con la vocación a este sacerdocio el documento de la Conferencia Episcopal Española (=CEE), “*Vocaciones sacerdotales para el siglo XXI*”, que voy a tener muy presente en esta III catequesis, afirma lo siguiente: “*La vocación es un misterio que afecta a la vida de todo cristiano, pero que se manifiesta con mayor relieve en los que Cristo invita a dejarlo todo para seguirle compartiendo vida y misión*”.

A continuación cita estas palabras del papa Benedicto XVI: “*La vocación no es fruto de ningún proyecto humano o de una hábil estrategia organizativa. En su realidad más honda, es un don de Dios, una iniciativa misteriosa e inefable del Señor, que entra en la vida de una persona cautivándola con la belleza de su amor, y suscitando consiguientemente una entrega total y definitiva a ese amor divino (cf. Jn 15, 9.16)*”<sup>3</sup>. La vocación al sacerdocio supone, por tanto, una “*llamada del Señor*”, una llamada que es “*personal*” y está “*inscrita en un proyecto que Dios tiene para cada ser humano*” (cf. Ap 3,20). Puede pensarse, por tanto, que esta vocación específica tiene su origen en la vocación cristiana común pues la vocación al ministerio sacerdotal no puede concebirse al margen de la gracia que está en la raíz del ser hijo de Dios otorgada por el Bautismo y alimentada por los otros dos sacramentos de la Iniciación cristiana, la Confirmación y la primera participación en la Eucaristía<sup>4</sup>.

En la catequesis anterior, en la que relacioné la vocación con el seguimiento de Jesucristo, me referí a algunos ejemplos de la llamada del Señor a sus futuros discípulos, a los que invitaba a seguirle de manera que vieses ellos mismos dónde y cómo vivía antes de tomar la determinación de quedarse con él (cf. Jn 1, 35-39). A este respecto el citado documento de la CEE afirma también: “*Dios es quien tiene la iniciativa, quien llama; y toda vocación cristiana es un don suyo que tiene lugar en la Iglesia y mediante la Iglesia, que es el lugar en que las vocaciones se generan y educan*”<sup>5</sup>.

## 3. La “*vocación sacerdotal*” como llamada y como misión

La vocación sacerdotal es, por tanto, una “*llamada*” que procede del Señor que inspira, a través de su gracia, a algunas personas el deseo de estar más íntimamente unidas a Él en el ministerio que llamamos “*ordenado*” o sea, basado en el *sacramento del Orden*. Este ministerio tiene su origen y su núcleo, por tanto, en la voluntad de Cristo, manifestada durante la última Cena en la que

<sup>2</sup> Cf. CCE nn. 77; 861; 1087; etc. Sobre el sacramento del Orden cf. nn. 1536 ss.

<sup>3</sup> “*Vocaciones sacerdotales para el siglo XXI*” (26 de abril de 2012), n. 2.2: cf. BOO de León, mayo-junio 2013, p. 559.

<sup>4</sup> Ib., n. 2.1: cf. ib., p. 554-558.

<sup>5</sup> Cf. *supra* nota 2.

instituyó la Eucaristía, de perpetuar la oblación sacrificial que realizaría en la Cruz. La tradición de la Iglesia y su magisterio han interpretado de ese modo el mandato dirigido a los apóstoles: *"Haced esto en memoria mía"* (Lc 22,9; cf. 1 Cor 11, 24-25). Por eso el Señor no ha dejado de llamar sucesivamente a nuevos ministros en cada momento de la historia, para que pudiesen actualizar la entrega realizada en la cruz. Evidentemente, el ministerio sacerdotal no se agota en ese momento celebrativo de la Eucaristía, aunque tiene aquí su raíz y centro, sino que se proyecta sobre todos los demás aspectos, tanto existenciales como ministeriales, de la vida pastoral.

¿Cuándo se manifiesta la vocación sacerdotal? Cada sacerdote sabe en qué momento de su vida o historia personal tuvo conciencia más o menos clara de la posible vocación, es decir, cuándo el Señor pudo fijarse en él y llamarle (cf. Jn 15,16). El documento de la CEE citado antes dice al respecto: *"La historia de toda vocación sacerdotal comienza con un diálogo en el que la iniciativa parte de Dios y la respuesta corresponde al hombre"* (2.2). Pero, ¿cómo y cuándo se produjo ese diálogo?, ¿dónde o en qué circunstancias? Esto no siempre se sabe, más bien se intuye; pero es posible que en la vida propia haya existido algún momento en el que se verificó de algún modo la sugestiva escena que san Juan narra en su evangelio -recordemos cómo tomó buena nota de la hora: *"era como la hora décima"* (Jn 1,39)- y que recogí en la catequesis anterior juntamente con otros episodios igualmente impactantes. El documento citado añade: *"Es imposible describir las fases y los episodios de cada vocación, porque la vocación es personal, diversa e intransferible en cada persona. Dios llama a cada uno según su voluntad de amor y con un gran respeto por la libertad que tiene el sujeto para abrir la puerta al Señor a fin de que se adentre en el interior del que es llamado"* (ib.).

La llamada de Dios no es, por tanto, una suposición como tampoco es fruto de la imaginación personal. Esa llamada existe pero lo más normal es que se perciba suavemente y que requiera tiempo aclararla. Una circunstancia fortuita, un hecho de vida, un acontecimiento, una pregunta en un contexto, por ejemplo, de retiro espiritual, etc., puede desencadenar una reflexión, una inquietud, un interrogante existencial que necesita ser aclarado. En la vida de algunos santos y de algunos conversos del siglo XX, según ellos mismos lo narraron, se produjeron experiencias religiosas singulares, pero estas son una muy rara excepción<sup>6</sup>. De todos modos, si en cada vocación ha habido o hay una llamada, en cada vocación se esconde también un camino, una misión, un proyecto de vida. Cuando el Señor llamó a los apóstoles, debemos pensar que tenía ya en su corazón la misión futura que había de encomendarles, como así lo hizo antes de subir a los cielos (cf. Mt 28,19 y par.).

El testimonio del evangelista san Marcos es explícito: *"Jesús subió al monte, llamó a los que quiso y se fueron con él. E instituyó doce para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar"* (Mc 31-14; cf. Mt 10,1; Lc 6,12-13). Mientras tanto los retuvo junto a él para prepararlos mediante la convivencia constante, las instrucciones y advertencias, etc., y muy especialmente para que fueran *"testigos oculares"* antes que *"ministros de la palabra"* (cf. Lc 1,2) enviados en misión por todo el mundo anunciado el evangelio y dando testimonio de Jesucristo delante de los hombres, porque *"desde el principio"* estuvieron con Él (cf. Jn 15,27).

#### **4. Gracia y libertad en la vocación al ministerio**

Indudablemente, toda vocación es un acontecimiento de la gracia y encierra, por tanto, un cierto *misterio* en el mejor sentido del término, es decir, en cuanto constituye un hecho envuelto en el claroscuro de la acción de Dios en la existencia concreta de cada persona que se siente o se ha sentido llamada. Un acontecimiento en que el tiene mucho que ver también la respuesta humana. Cada sacerdote, cada diácono permanente, lo mismo que cada hombre o mujer que se consagra a Dios en la vida religiosa, ha tenido su itinerario de luces y de sombras, de certezas y de dudas, hasta llegar al

---

<sup>6</sup> En la primera catequesis mencioné a alguno de esos célebres conversos. Es conocido el relato de uno de ellos el filósofo y catedrático de la Universidad de Madrid Manuel García Morente que vivió en abril de 1937 un hecho extraordinario e incomprensible que transformó su vida.

convencimiento de que la llamada de Dios se verifica también en la aceptación por parte de la Iglesia. Esto explica muchas historias personales tanto de perseverancia como de cambio de ruta, de manera que a nadie le es lícito entrar en ese camino, a veces diáfano y no pocas veces tortuoso o en pendiente. En todos los casos la libertad de la persona es un factor decisivo, sea cual sea la respuesta final.

Afirma el citado documento de la CEE: *“La gracia de la llamada y la libertad en la respuesta no se oponen ni se contradicen. No se podría considerar una respuesta positiva como válida si no se da desde la libertad, que es una condición esencial para la vocación”*. Y pone como ejemplo lo que sucede en los relatos evangélicos en los que aparecen episodios en los que el llamado no se atreve a dar el paso o da una respuesta negativa a la invitación del Señor, como en el caso significativo del joven rico debido a las exigencias que comporta el seguimiento (cf. Mt 19,16-26). El evangelista refiere el motivo de aquella actitud y su consecuencia: *“Se fue triste, porque era muy rico”* (19,22). Puede suceder también la situación opuesta, que alguien desee adoptar esa vida de sacerdocio o de consagración religiosa, pero esa no es la voluntad de Dios. En el evangelio hay también algún ejemplo en este sentido, concretamente el del poseso que, una vez curado, quería permanecer en el grupo de los seguidores de Jesús pero este le encargó que fuese a anunciar a su familia la misericordia del Señor (cf. Mc 5,19-20).

En los ejemplos evangélicos de vocaciones o llamadas del Señor a seguirle, mencionados en la catequesis anterior, se advierte lo que el documento de la CEE describe como *“conjunción de las dos voluntades”*, la de quien llama y la de quien responde. Llamada y respuesta, más allá del tiempo que pueden tardar en dilucidarse, desembocan en una nueva situación de relación con Cristo, la misma que se dio en la vocación de los discípulos llamados mientras el Divino Maestro habitó entre nosotros (cf. Jn 1,14) pero, salvando la diferencia entre la presencia visible y la presencia percibida tan solo desde la fe. En todos los casos de las llamadas divinas Dios y el hombre han entrado en contacto, es decir, el autor de la vocación que ofrece también la *gracia* necesaria para responder, y el hombre que es llamado y que ejerce responsablemente su libertad. Como afirma el reiterado documento de la CEE: *“Y así continúa a lo largo de la historia de la Iglesia en todas las vocaciones. Las palabras de Jesús a los Apóstoles, «no sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido» (Jn 15, 16), reflejan esa primacía de la gracia de la vocación, de la elección eterna en Cristo (cf. Ef 1, 4-5)”*.

Como síntesis, especialmente de esta tercera reflexión catequética, me permito citar esta última frase del documento en el que me he basado: *“Dios llama a cada uno según su voluntad de amor y con un gran respeto por la libertad que tiene el sujeto para abrir la puerta al Señor a fin de que se adentre en el interior del que es llamado. Los caminos del Señor pueden tomar la forma de descabalgarse súbitamente a Pablo del caballo que le conducía por la vida, o tomar la forma de una suave y persistente inclinación en el ánimo que experimenta el llamado desde su infancia. En todo caso, las biografías de los sacerdotes santos pueden ilustrarnos acerca de los momentos decisivos de su vocación”*.

+ Julián, Obispo de León